

MAARTEN PRAK
JAN LUITEN VAN ZANDEN

PIONEROS
DEL CAPITALISMO

Los Países Bajos 1000-1800

Traducción de
MARC FIGUERAS

Revisión de
GERMÁN JIMÉNEZ MONTES

PASADO & PRESENTE
BARCELONA



I

INTRODUCCIÓN

¿EL MERCADO COMO UNA FIESTA?

Cuando los neerlandeses celebran el cumpleaños de su rey (el *Koningsdag*, ‘Día del Rey’, el 27 de abril, que es fiesta nacional) no bailan por las calles ni se emborrachan hasta caer tumbados (si bien es cierto que pueden pasar ambas cosas). No, lo que hacen es jugar a ser comerciantes. Los neerlandeses lo denominan *vrijmarkt*, que literalmente significa ‘mercado libre’, y funciona del modo siguiente: cada familia reúne todos los cachivaches que ya no utiliza (quizá zapatos que ya han quedado pequeños a los niños, libros que ya se han leído o cualquier otra cosa); toda esta «mercancía» se exhibe en algún lugar del centro del pueblo o ciudad y se pone a la venta. Mientras dura la festividad, se prohíbe la circulación de vehículos por la zona interior del municipio y todos, niños y adultos, se sientan en los bordillos o en sillas que se traen de casa y empiezan a publicitar la mercadería que ofrecen. Los que no tienen ganas de ponerse a vender sus trastos son los potenciales compradores. Tanto los jóvenes como los ancianos festejan el día jugando a ser comerciantes, ofreciendo sus productos y regateando precios para ganar algo de calderilla que, a menudo, se emplea para comprar otras cosas en el mismo mercadillo, cosas que puede ser que se pongan de nuevo a la venta al año siguiente, porque ya se han quedado pequeñas, ya se han leído o simplemente han pasado un poco de moda.



Los niños más creativos se ponen a tocar la flauta o el violín para ganar algo de dinero, o venden galletas caseras. La gente que no quiere pasarse horas tras un puesto se agolpa paseando por las calles, a la caza de las mejores gangas. Se cuentan muchas historias sobre la compra de un grabado de Rembrandt o de un jarrón de auténtica porcelana china por cuatro chavos, pero es posible que solo sean leyendas urbanas. De todos modos, el *vrijmarkt* se ve amenazado por los verdaderos capitalistas: vendedores ambulantes decididos a lograr algunos beneficios de la multitud que se acerca al mercado, ofreciéndoles cerveza, dulces y otros productos. Las autoridades municipales regulan todo esto mediante un control de tales comerciantes profesionales y también reservando para los más pequeños zonas concretas y atractivas del centro de la ciudad.

El hecho de que se organice un mercadillo en la celebración nacional más importante del país dice algo acerca de cuán arraigado está en la cultura neerlandesa el espíritu comercial, el espíritu de comprar y vender. La versión neerlandesa del «paraíso» es un mercado libre en el que todos pueden hacer lo que quieren. Es importante obtener unos pocos beneficios con el mercadillo, pero es igual de importante la diversión de encontrarse con otros y de regatear un rato para hacerse con un buen chollo. Pero para proteger a los más vulnerables (sobre todo, los niños), el mercado libre es regulado por (en este caso) las autoridades municipales, que también supervisan el cumplimiento de las normativas y, lo que es igual de importante, se ocupan de posibles «externalidades» negativas que puedan surgir, en particular ocupándose de los montones de residuos que quedan cuando ya todo el mundo ha regresado a sus hogares.

Este libro trata de un país cuya economía ha estado dominada durante siglos por los mercados, un país que se puede considerar uno de los pioneros de la economía de mercado mundial tal como la conocemos hoy en día. El libro explora

cuándo se originó esta economía de mercado e intenta determinar por qué los Países Bajos fueron uno de los precursores en el surgimiento del capitalismo.¹ En el proceso, se vincula con el debate en curso acerca del capitalismo, acerca de la aparición de este sistema económico y acerca de sus efectos en el comportamiento individual y colectivo, en el crecimiento económico, en las desigualdades sociales y en la «prosperidad amplia» (*broad prosperity*). En los últimos diez años, la nueva historia del capitalismo ha vuelto a situar este tema en el orden del día, tras una práctica ausencia de debate durante las décadas de 1990 e inicios de 2000.² Los marxistas llegan a plantear que la esencia del capitalismo es la desigualdad, porque se basa en un acceso desigual a los medios de producción. En su opinión, solo una pequeña parte de la población es «capitalista» y posee esos medios de producción, mientras que la mayoría, los trabajadores, tienen que «venderse» en el mercado laboral para sobrevivir. Esta desigualdad fundamental de la economía de mercado capitalista (según la crítica marxista clásica de este sistema) es el origen de todas las demás formas de desigualdad.

Hasta el momento, hemos estado usando indistintamente los términos *economía de mercado* y *capitalismo*, pero esto puede llevar a confusiones.³ Una economía de mercado es aquella en la que las decisiones económicas más importantes (qué comprar, qué producir, dónde trabajar) se toman en base al precio. Sin duda, hay otras decisiones y asignaciones de recursos que tienen un papel en cualquier economía (por ejemplo, las tomadas en el núcleo familiar o las tomadas por el estado) y la proporción de transacciones comerciales «puras» en una economía puede variar a lo largo del tiempo y el espacio. En el siglo XIX y la primera mitad del XX, las mujeres casadas se fueron retirando progresivamente del mercado laboral bajo la influencia del «modelo de sostén familiar», o *breadwinner model*, pero, como resultado, el grado de dependencia de las unidades

familiares respecto al mercado laboral apenas disminuyó. En el siglo xx, los subsidios asociados al estado del bienestar coexisten con las rentas obtenidas por el empleo. Dónde se sitúa la frontera entre el mercado y el «no mercado», entre lo comercial y lo no comercial (p. ej., el estado, la unidad familiar) puede variar, pero el mercado ha conservado su papel decisivo en la toma de decisiones económica.

Para poder hablar de capitalismo, debe cumplirse también otra condición: el acceso desigual a los medios de producción. En una economía capitalista, una gran parte de la población trabajadora depende de salarios, obtenidos en el mercado de trabajo. Una economía de mercado no capitalista puede consistir en un conjunto de proveedores de bienes y servicios a pequeña escala, casi todos los cuales tienen algún medio de producción a su disposición. La isla de Java en el siglo xix es un ejemplo de lo que en las publicaciones se denomina *economía campesina*, porque casi todos los productores de esa economía eran pequeños labradores.⁴

El creador del debate en torno al capitalismo en cuanto sistema económico diferenciado fue Karl Marx, que publicó el primer volumen de *El capital* en 1867. Si bien Marx estaba interesado, sobre todo, en el capitalismo industrial, apreció las raíces de este sistema en lo que él denominó *acumulación originaria*, el proceso por el cual la posesión de los medios de producción pasaba a manos de un pequeño grupo. Esto sucedió en varias zonas de Europa, donde, según Marx, se desposeyó a los pequeños campesinos. En Gran Bretaña, por ejemplo, como resultado de las *enclosures* ('cercamientos'), los granjeros campesinos perdieron el acceso a las tierras agrícolas comunales. Más o menos al mismo tiempo, los capitalistas empezaron a apropiarse de las riquezas de otros continentes. En palabras de Marx,

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en

las minas de la población aborígen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria. [...] todos ellos se valen del poder del estado, de la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, para acelerar a pasos agigantados el proceso de transformación del régimen feudal de producción en el régimen capitalista y acortar los intervalos. La violencia es la comadrona de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva. Es, por sí misma, una potencia económica.⁵

Marx y, más recientemente, la nueva historia del capitalismo, subrayan que el capitalismo surge a partir de la expropiación violenta de los medios de producción, algo en lo que el estado y el colonialismo han tenido un papel destacado. La nueva economía institucional, o institucionalismo, y, en concreto, la obra de Douglass North, uno de sus fundadores, ve este proceso bajo una luz diferente. Para North y sus seguidores, la cuestión crucial es en qué condiciones los productores y los consumidores se volverían voluntariamente más orientados hacia el mercado. Un cambio así requiere instituciones que fomenten una estrategia de cooperación a través del mercado; para esta cooperación, las instituciones establecen las «reglas del juego» que determinan cómo interactúan las personas entre ellas. Producir para el mercado exige confianza en sus resultados, porque hay gran cantidad de decisiones que hacen que el productor quede a merced de ese mercado.⁶ Por ejemplo, en el siglo xv, los granjeros de la provincia de Holanda empezaron a especializarse en productos ganaderos (mantequilla, queso, carne, pieles) con los que disponían de una cierta ventaja comparativa; al hacerlo, esos granjeros se

volvieron dependientes del mercado no solo para la venta de su mantequilla y su queso, sino también para la compra de productos alimenticios como los cereales para su subsistencia, puesto que ya no cultivaban los suyos. Según North, esta estrategia solo podría resultar exitosa con una protección de los derechos de propiedad, para así garantizar que la gente pudiera recoger los beneficios de sus actividades orientadas al mercado.

Según el punto de vista de North, las élites, y el estado que estas controlaban, eran la amenaza más relevante al intercambio comercial. Era muy consciente del papel de la violencia, sobre todo de la violencia del estado, que tiene el poder de esquilmar los beneficios de la especialización mediante los impuestos o la mera expropiación. En consecuencia, la limitación del poder ejecutivo es uno de los temas principales del nuevo institucionalismo, por ejemplo por medio del establecimiento de instituciones democráticas como los parlamentos. En consecuencia, según North y Weingast, el mayor avance se produjo con la Revolución Gloriosa de 1688-1689 en Inglaterra, que restringió el poder del monarca; la Revolución francesa en 1789 hizo lo propio en Europa continental.⁷ Acemoglu y Robinson, en una afirmación igualmente fundamental, han sostenido que para el desarrollo económico son necesarias «instituciones inclusivas» y que las «instituciones extractivas» entorpecen el crecimiento económico.⁸ La idea general de la nueva economía institucional es que las estructuras sociopolíticas, la distribución de poder en una sociedad, determinan si se dan las precondiciones adecuadas para el desarrollo económico por medio del mercado.

A través de su mirada estadounidense, North entendía el estado, junto con su papel en cuanto garante de las normas, como un potencial depredador; concedía mucha atención a la posibilidad de que también pudiera proteger a los participantes más débiles del mercado (tal como hacen los ayunta-

mientos neerlandeses delimitando una zona especial para los niños en los mercadillos del Día del Rey). En la época premoderna, la mayoría de los estados apenas eran capaces de representar este papel; su autoridad fue socavada, entre otras cosas, por señores independientes que podían hacer lo que les placiera en los territorios que controlaban. Por el contrario, hay otras instituciones que tuvieron un papel relevante en la historia inicial del capitalismo, tal como apreció Max Weber cien años atrás. En una célebre afirmación, Weber aseveró que el protestantismo había establecido una base ideológica y psicológica para el capitalismo;⁹ sin embargo, también señaló otra peculiaridad de la Europa medieval: las ciudades autónomas y sus ciudadanos. Esto hace notar la posibilidad de un papel ejercido por la sociedad civil en el surgimiento y el desarrollo de la economía capitalista. La burguesía no era solo un grupo de gente seducido por las tentaciones que ofrecían las transacciones lucrativas, sino que también eran ciudadanos y, a través de las ciudades, intentaban crear su propio espacio político y económico.

El politólogo Robert D. Putnam es el abanderado de un grupo neoweberiano que otorga una gran importancia a la «sociedad civil», con el «capital social» como ingrediente activo.¹⁰ En resumen, la idea es que los ciudadanos se organizan como colectivos, dentro de los cuales crean relaciones mutuas (capital social) que les permiten actuar en la esfera pública. Algunas de estas organizaciones civiles son independientes del gobierno (por ejemplo, clubes deportivos, corales, organizaciones benéficas); otras, sin embargo, se relacionan estrechamente con los gobiernos, como los sindicatos, las organizaciones de consumidores o los partidos políticos. En este libro, consideramos sus predecesores: los gremios, las comunidades vecinales, las milicias urbanas y, en el campo, también las administraciones de los pólderes. Sobre el papel, todas estas organizaciones pueden parecer una oposición al gobierno,

pero en la práctica pueden, con la misma frecuencia, ayudar al estado a determinar qué es lo que realmente quieren los ciudadanos o aportar respaldos para decisiones difíciles.

Putnam concluye que las sociedades con una potente sociedad civil y, en consecuencia, con mucho capital social funcionan mejor. Al igual que Douglass North, considera que la sociedad civil y el capital social aportan equilibrio a la sociedad, con un contrapeso organizado que impide la corrupción que surge a partir del poder desenfrenado. En teorías como esta, los ciudadanos ya no se ven como «esclavos del salario», instrumentos pasivos en manos de la élite de capitalistas, sino como personas con sus propias intenciones económicas y políticas. La lógica subyacente en la obra de Putnam y en la de sus colaboradores es que las sociedades y sus economías funcionan mejor cuando hay un respaldo popular activo a las políticas gubernamentales y a las actividades económicas, porque los ciudadanos pueden ver los beneficios de los esfuerzos del gobierno y de sus propios trabajos.¹¹ Desde nuestra perspectiva, esto significa que debemos investigar la naturaleza de la relación entre ciudadanos y capital social, por un lado, y el surgimiento y posterior desarrollo del capitalismo, por el otro. Dicho sea de paso, también hay críticos que creen que esto funciona justamente a la inversa: las sociedades prósperas se pueden permitir el lujo de mantener las costosas consultas asociadas a un alto grado de participación ciudadana.¹²

En la teoría marxista clásica, el capitalismo surgió a partir del feudalismo. Y el feudalismo es, en muchos aspectos, la antítesis del capitalismo: los mercados son marginales; las élites viven de los excedentes agrícolas, del trabajo de agricultores siervos esquilado por la fuerza; en último término, el sistema es estático porque no genera crecimiento económico. Entre los marxistas, el debate acerca de la transición de un sistema a otro se centra sobre todo en si el feudalismo murió a causa de sus contradicciones internas (era necesaria una crisis

endógena en el sistema para hacer lugar a las fuerzas del capitalismo, que luego socavaron todavía más el sistema) o si fueron fenómenos externos y, en particular, el auge de las ciudades y el comercio internacional lo que precipitó la desaparición de este sistema sociopolítico.¹³ Los Países Bajos estaban situados en los márgenes de la región en la que se concentraba el feudalismo clásico, la zona entre los ríos Sena y Rin. El país presentaba una considerable variación en términos de densidad de población, urbanización y condiciones de las tierras agrícolas, así como en las estructuras de gobierno; mientras que las regiones meridionales de los Países Bajos y las tierras a orillas de esos grandes ríos estaban situadas sin ambages dentro de este núcleo de feudalismo, no sucedía lo mismo con las zonas septentrionales, porque en ellas, tal como veremos más adelante, prevaleció la «libertad frisia». Esto convierte a los Países Bajos en un caso interesante para estudiar la transición del feudalismo al capitalismo: ¿cómo se produjo en las partes feudal y no feudal del país?

Tradicionalmente, se ve el feudalismo como un rígido sistema jerárquico que reprime los flujos de mercado y, en resumidas cuentas, se basa en la coerción; Wickham, por ejemplo, en una reseña reciente, describe el núcleo del feudalismo como «extracción de excedentes: los campesinos tienen que dar sus productos a los señores, con la amenaza implícita de la fuerza».¹⁴ Asimismo, el feudalismo suele referirse a una estructura sociopolítica (tal como expresa Bloch) basada en juramentos de lealtad entre señor y vasallo como estructura primaria del estado (o, al menos, de sus capas superiores).¹⁵ Este punto de vista ha sido muy criticado por Reynolds, pero parece encajar bien con el desarrollo del feudalismo en los Países Bajos, tal como esperamos mostrar.¹⁶ Sin embargo, como ha señalado Jan de Vries en numerosas ocasiones, las zonas con una fuerte tradición feudal habrían sido menos idóneas para el desarrollo del capitalismo;¹⁷ el auge de este sistema en los Paí-

ses Bajos, según este punto de vista, sería el resultado de la ausencia de feudalismo en las zonas que, posteriormente, constituirían el núcleo de la Edad de Oro neerlandesa. Ahora bien, por otro lado, el auge del feudalismo en Europa occidental sí que estimuló el desarrollo económico: la eficiente extracción de los excedentes de producción que el feudalismo hizo posible creó una élite comparativamente acaudalada (la nobleza y la Iglesia), con dinero para comprar productos de lujo y que potenció significativamente el comercio internacional.¹⁸ Además, ¿era el feudalismo realmente tan jerárquico? La reciprocidad entre señor y vasallo llevaba a una división del poder, lo que permitía que surgieran instituciones, como los parlamentos, en los que se manifestaba y expresaba esta reciprocidad, este equilibrio de poderes. Y del mismo modo que el monarca feudal negociaba con su vasallo, a su vez negociaba también con las ciudades emergentes, que podían reclamar una posición más o menos autónoma en este sistema. En resumen, puede que el feudalismo proporcionara el caldo de cultivo del capitalismo.¹⁹

La sustitución gradual de la economía feudal por una economía capitalista implicó una revolución fundamental en la organización de la sociedad, a nivel económico, pero también social, político y cultural.²⁰ Hay un amplio consenso en que una economía de mercado puede proporcionar el tipo de crecimiento económico que Adam Smith analizó en *La riqueza de las naciones*: el comercio y un creciente intercambio mercantil llevan a la especialización (entre regiones, entre zonas urbanas y rurales, entre artesanos profesionales), como los famosos trabajadores de la fábrica de alfileres, que pueden ser mucho más productivos si cada uno se encarga separadamente de una de las tareas involucradas en la confección de un alfiler en lugar de completar cada uno todo el proceso entero de fabricación para cada alfiler.²¹ Este «crecimiento smithiano» tiene muchos aspectos e incluye los efectos de unas mejores institu-

ciones sobre la eficiencia. Otro ejemplo famoso, de David Ricardo, se refiere a los portugueses comerciando con vino a cambio de telas británicas; se pueden lograr grandes ganancias de productividad en ambos países porque la productividad relativa de generar esos bienes difiere considerablemente entre Inglaterra y Portugal. Está integrado en la lógica de la economía de mercado que esas ganancias de productividad se identifiquen y se exploten de manera sistemática. Ahora bien, ¿es esto suficiente para poner en marcha el proceso de «crecimiento económico moderno»? Smith no era precisamente optimista, creía que después de una fase de crecimiento se llegaría a un «estado estacionario» una vez se agotaran las ganancias de productividad; es más, describió a Holanda como la economía más desarrollada del siglo XVIII, pero, al mismo tiempo, como ejemplo de una economía que se estaba acercando a este estado estacionario.²²

Los marxistas como Brenner proponen que un crecimiento persistente requiere capitalismo.²³ Si la mayoría de la población está formada por pequeños productores (como en una economía campesina), las ganancias de productividad que se obtienen a partir de la producción para el mercado serán siempre limitadas. Se asume que los campesinos trabajan sobre todo para conseguir su propia subsistencia y, como resultado, la actividad básica (agricultura de pequeña escala destinada a la alimentación) escapa a la disciplina del mercado. En consecuencia, el verdadero crecimiento económico exige la «acumulación originaria de capital», lo que significa que las actividades agrícolas se den en grandes explotaciones capitalistas que emplean mano de obra asalariada. Así, cuando el empresario capitalista asume el control, puede iniciarse un proceso de acumulación de capital que, según este punto de vista, es la fuerza impulsora del crecimiento económico moderno. La agricultura inglesa, tal como se organizó con las *enclosures* del siglo XVI, fue el modelo para esta línea de pensamiento.²⁴

Todo esto tiene relación con la discusión acerca de la naturaleza del crecimiento económico en la época anterior a la Revolución Industrial de finales del siglo XVIII y el XIX y con la identificación de las causas de tal crecimiento.²⁵ ¿Es este un crecimiento smithiano, resultado de la especialización y de la mejora de las instituciones que fomentan una mayor producción para el mercado?²⁶ ¿O se trata de un crecimiento marxiano, resultado de economías de escala posibles a causa de la proletarianización? Por ejemplo, ¿eran las grandes granjas capitalistas de Inglaterra mucho más productivas que las pequeñas granjas familiares en otras partes? Sea como fuere, lo que está claro en el caso neerlandés es que las fuerzas malthusianas (crecimiento poblacional que provoca una disminución de tierras agrícolas disponibles y de recursos en general) tienen un papel muy limitado en esta economía smithiana/marxiana, en la que a largo plazo el crecimiento de la población está correlacionado positivamente con el crecimiento económico (tal como veremos en el capítulo 2).

¿Se produjo un gran ciclo económico en los Países Bajos entre 1300 y 1800, con un máximo en el siglo XVII? En su Edad de Oro de finales del siglo XVI y el XVII, la República Neerlandesa tuvo un papel dominante en el escenario mundial: no solo se podían hallar neerlandeses en todos los rincones del planeta, también pudieron acumular una riqueza enorme, lo que hizo de la República el país más próspero del mundo durante el siglo XVII. Pero a este período de florecimiento económico siguió una época en que la República Neerlandesa tuvo que renunciar a su papel central, sobre todo a favor de los británicos. ¿Fue esta secuela de la Edad de Oro inevitable y dio lugar a una recesión económica? ¿O bien tras el auge prosiguió la tendencia de crecimiento en la productividad y las ganancias? ¿Cómo deberíamos interpretar estas tendencias en términos espaciales, teniendo en cuenta que el centro de gravedad económico de Europa noroccidental se desplazó

de Flandes (en la Edad Media) hacia Brabante (en el siglo XVI), luego a Holanda (en el XVII) y, finalmente, a Inglaterra (en el XVIII)?

En el centro del debate sobre el capitalismo se halla el tema de la desigualdad social, tal como subrayaron Catharina Lis y Hugo Soly en su libro de 1979 sobre la pobreza en la Europa preindustrial.²⁷ En los últimos años, la cuestión ha regresado a la agenda política tras la publicación del libro de Thomas Piketty *El capital en el siglo XXI*.²⁸ El capitalismo se asocia a la explotación y a intercambios desiguales, con el resultado de que los pobres se vuelven más pobres y los ricos, más ricos. En particular, la nueva historia del capitalismo ha remarcado la vinculación con el esclavismo, que se ve como una institución capitalista que tuvo un papel destacado en el auge de la economía mundial capitalista.²⁹ ¿Tuvo en verdad el esclavismo ese papel en el desarrollo del capitalismo en los Países Bajos? ¿Fue la desigualdad extrema el resultado de este desarrollo económico pionero de los neerlandeses? ¿Y de qué formas se manifestaron tales desigualdades? En el capítulo 8, echamos una mirada a diversos aspectos de desigualdad para determinar si aumentó, y hasta qué punto. La desigualdad tiene asimismo una importante dimensión internacional: la expansión económica (el capitalismo neerlandés) se extendió mucho más allá de las fronteras de la República, a Sudáfrica, Ceilán (Sri Lanka), las Indias Orientales, Surinam y otras colonias caribeñas. En un estudio anterior sobre el capitalismo mercantil, Van Zanden sostiene que, en esta etapa, el capitalismo era un sistema abierto que aprovechaba el flujo de mano de obra barata (migrantes, trabajadores protoindustriales y esclavos) para mejorar su rentabilidad y su éxito.³⁰ Por un lado, la esclavitud era una parte esencial del sistema, pero, por otro, tal como veremos, nunca se convirtió en una institución autóctona en los Países Bajos. La esclavitud tuvo un impacto desastroso sobre el bienestar de los esclavizados así como en el po-

tencial de desarrollo a largo plazo tanto de las regiones en las que eran capturados como en el de las regiones adonde eran llevados, pero esto apenas si afectó a las instituciones de los Países Bajos.

La historia del capitalismo, según sus críticos, no finaliza con el aumento de la desigualdad socioeconómica. Una mayor desigualdad puede afectar a la calidad del sistema político, provocar corrupción, llevar a la exclusión de grupos de población y, en general, conducir a un comportamiento económico y sociopolítico dirigido a las ganancias cortoplacistas a expensas de la ciudadanía y la sociedad civil. La idea de «la codicia es buena» resume el tipo de conducta que, según afirman los críticos, el capitalismo fomenta. ¿Lleva el triunfo del capitalismo a la erosión de los valores y las normas que, según la nueva economía institucional, permitieron la eclosión del sistema?³¹

La idea de que este resultado no es del todo inevitable deriva del libro de Sam Bowles *The Moral Economy*, que trata de las tentaciones a las que se ve expuesto el *homo oeconomicus*. Un ejemplo interesante es el comportamiento de los diplomáticos en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, que gozan de inmunidad diplomática y, en consecuencia, pueden aparcar sus coches donde quieran.³² Reciben una multa (un billete de estacionamiento), pero no tienen que pagarla. Se han recogido estadísticas de estas infracciones durante varios años y resulta que los diplomáticos de algunos países aprovechan al máximo esta inmunidad: Egipto encabeza la clasificación con 140 infracciones por año y por diplomático; Bulgaria le sigue de cerca con 117; en cambio, ningún diplomático neerlandés o británico ha cometido infracción alguna, como tampoco sus colegas suecos, noruegos y canadienses. Bowles especulaba que esto se debía a las «admirables culturas cívicas de muchas de las economías capitalistas de larga tradición» y lo vinculaba de manera explícita a la prolongada historia capitalista de estos países.³³ ¿Puede el capitalismo, bajo ciertas

condiciones, coexistir con una buena ciudadanía o es solo con una buena ciudadanía que puede florecer el capitalismo? Pero, en tal caso, ¿qué impide a una buena ciudadanía verse socavada por la avaricia y la búsqueda de beneficios de la bolsa de Ámsterdam o Wall Street?

El comportamiento de estacionamiento de los diplomáticos de las Naciones Unidas muestra que hay varios tipos de capitalismo. Y este es el quid de la cuestión en la discusión acerca de «variedades de capitalismo». Tal como remarca la nueva economía institucional, los mercados siempre están integrados en un sistema de instituciones cuyo objetivo es, entre otros, aumentar la confianza y limitar los excesos negativos; de todos modos, el grado con el que se alcanzan tales objetivos difieren de una sociedad a otra, de un siglo a otro y acaso incluso de un mercado a otro. El estado casi siempre regula la moneda y los pesos y medidas empleados en los mercados, así como los impuestos a pagar en las transacciones comerciales. Sin embargo, a veces el estado (o algún actor autorizado por el estado, una ciudad u otro organismo competente, como un gremio o una compañía comercial) determina quién puede llevar a cabo transacciones; por ejemplo, no todos pueden presentarse como doctores o como notarios. El equilibrio entre el mercado y otras formas de coordinación es diferente en cada sociedad capitalista, lo que puede tener consecuencias relevantes para el grado de desigualdad existente, puesto que muchas intervenciones sobre el mercado están motivadas por el deseo de contrarrestar la desigualdad extrema. Esto nos debe poner en guardia ante el peligro de afirmaciones generales sobre el capitalismo y, al mismo tiempo, permite subrayar la importancia de un enfoque histórico que pueda explicar las circunstancias específicas de un tiempo y un lugar.³⁴

En resumen, en este libro acerca del papel de los Países Bajos como pioneros del capitalismo estamos interesados en hallar respuestas a diversas cuestiones. Un primer conjunto de

preguntas se refiere al *cómo* y al *por qué* de la emergencia de una economía de mercado capitalista. ¿Por qué fueron los Países Bajos (una región de Europa occidental comparativamente marginal hasta 1300) unos de los pioneros de la economía de mercado y el capitalismo? ¿Qué papel tuvo el feudalismo como estructura social previa a este surgimiento? ¿Hubo una transición violenta (una en la que la guerra de Flandes de 1566-1648 pudo haber representado un papel clave) o fue el auge del capitalismo, en el fondo, un resultado de elecciones voluntarias escogidas por los participantes en el mercado? ¿Qué papel tuvo la sociedad civil? ¿Precedió a la aparición de la economía de mercado capitalista o fue, en realidad, una consecuencia de este avance? ¿Qué papel tuvo la esclavitud en el surgimiento del capitalismo neerlandés?

Un segundo grupo de cuestiones remite al impacto que tuvo la aparición del capitalismo en la naturaleza de la sociedad y de la economía, internamente y en el extranjero. ¿Se malogró luego este pionero del capitalismo a causa de las consecuencias negativas de una desigualdad en rápido crecimiento? ¿Fue el impacto del capitalismo en el país, dentro de las fronteras de los Países Bajos, diferente que en ultramar, en Indonesia, Sudáfrica o Surinam? ¿Acaso el capitalismo neerlandés se cavó su propia tumba? ¿Fue el comparativo declive del siglo XVIII una consecuencia de la dinámica de la expansión capitalista o deberíamos contemplar el problema de ese siglo bajo una luz por completo diferente?

En el contexto general del capitalismo, no consideramos su historia en los Países Bajos desde una perspectiva nacional sino, más bien, como una etapa en la materialización de un proceso global. Como breve líder de la incipiente economía mundial, los Países Bajos tuvieron un papel importante en el auge y la conformación del primer capitalismo.

En este libro, hemos restringido nuestra atención a la época medieval y moderna. La historia de la economía y la socie-

dad neerlandesas a lo largo del siglo XIX «ampliado» (1780-1913) ya ha sido descrita por Jan Luiten van Zanden y Arthur van Riel en su libro *The Strictures of Inheritance* (2000), mientras que el siglo XX queda cubierto en la *Economic History of the Netherlands, 1914-1995* de Jan Luiten van Zanden (1997).³⁵ Si bien estos dos libros se organizan alrededor del concepto de crecimiento económico, pueden leerse sin problema como secuelas de este libro. De todos modos, para el presente libro hemos empleado el principio organizador cronológico. Tras un breve repaso general y cuantitativo de los principales hechos y temas del crecimiento económico y el bienestar desde el año 1000 hasta 1800 (capítulo 2), los capítulos 3 y 4 esbozan el surgimiento de las típicas instituciones medievales de Europa occidental y, lo que es más relevante, la aparición a partir de ellas de la economía de mercado y el capitalismo. Luego, nuestra atención se centra en la aceleración económica del siglo XVII, en la cual el capitalismo neerlandés se desarrolló y se convirtió en un modelo preeminente. Pero este libro también trata de la «economía política» de una región que no se convertiría en un estado hasta en torno a 1600 (y entonces solo mediante una revolución política). En el capítulo 5 sostenemos que la rebelión neerlandesa (la guerra de Flandes o guerra de los Ochenta Años) contribuyó en buena medida al dinamismo económico del período que siguió, al conceder a las ciudades de los Países Bajos su propio estado. El período que coincide a grandes rasgos con el siglo XVII y que se conoce como Edad de Oro neerlandesa se analiza en los capítulos 6 y 7. El legado de las instituciones medievales neerlandesas permaneció visible y activo, incluso tras la rebelión; en cierto modo, de hecho, estas instituciones se afianzaron y se reforzaron a lo largo de tal rebelión. En el último capítulo, examinamos las consecuencias que tuvo la expansión capitalista neerlandesa en diferentes grupos de la República Neerlandesa y para diversos pueblos no europeos

que fueron absorbidos en la economía capitalista de los Países Bajos.

Desde la caída del Muro de Berlín en 1989 y la transformación económica de China en una economía de mercado, se puede decir, con cierta razón, que el capitalismo es «la única opción».³⁶ Hay un acuerdo bastante general acerca de los beneficios de este modelo económico: ha permitido un enorme aumento de la prosperidad de la humanidad en su conjunto. En 2022, sus inconvenientes más relevantes también se pueden identificar con facilidad: desigualdades gigantescas, tanto entre clases sociales como entre regiones del planeta, y agotamiento de los recursos naturales. Este último aspecto es, sobre todo, consecuencia de la Revolución Industrial y por esta razón no lo hemos tratado en el libro; sin embargo, teniendo presente la historia económica de los Países Bajos, sí que podemos comentar el primero de los aspectos. La falta de una alternativa sería al capitalismo acentúa la urgencia de hallar respuestas a la cuestión de cómo puede mejorarse el sistema económico capitalista. El conocimiento de la historia de este sistema nos ofrece material bien útil para enfrentarnos a tal reto.

Antes de poder lanzarnos, por fin, a pelearnos con el tema en cuestión, hay dos aspectos prácticos que debemos aclarar. El primero es temporal. Este libro se ocupa de un país que hoy en día aparece en los mapas como *Países Bajos* (oficialmente *Reino de los Países Bajos*). No obstante, un país con cierto parecido a los actuales Países Bajos solo surgió en las décadas en torno a 1600, durante la guerra de Flandes. Este conflicto es el tema del capítulo 5, pero implica que, en concreto, los capítulos 3 y 4 versan sobre un país que no existía como tal; ahora bien, sus partes constituyentes, denominadas *provincias* tras la creación del estado, sí que existían, y las utilizaremos como unidades de análisis, no solo en los capítulos 3 y 4, sino muchas veces también en los otros capítulos del libro. El segundo

aspecto es geográfico. De un modo bastante confuso, el país del que hablamos en este libro ha recibido diversos nombres durante el período aquí considerado. Actualmente se denomina Países Bajos, aunque coloquialmente suele recibir también el nombre de Holanda. Entre 1600 y 1795, más o menos, se conocía como República de los Siete Países Bajos Unidos, Provincias Unidas de los Países Bajos o, más brevemente, República Neerlandesa; Holanda era su provincia más importante, pero había otras seis provincias que también formaban parte de la República. Antes de 1600, las provincias neerlandesas eran parte de una región conocida, asimismo como los Países Bajos, que incluía otros dos estados actualmente independientes de la Unión Europea: Bélgica y Luxemburgo. Tras la separación de los Países Bajos hacia 1600, lo que hoy en día conocemos como Bélgica prosiguió con la denominación de Países Bajos españoles y luego austriacos, por los Habsburgo españoles y austriacos, respectivamente, que gobernaron esas tierras. Estos territorios a veces se denominan Países Bajos meridionales, mientras que los Países Bajos septentrionales corresponden al estado actual de los Países Bajos.

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	7
1. Introducción	11
2. Ochocientos años de crecimiento económico, 1000-1800	31
3. Entre el feudalismo y la libertad, 1000-1350	51
4. Capitalismo y sociedad civil en la Holanda de la Baja Edad Media, 1350-1566	95
5. ¿Una revolución capitalista?	143
6. El nuevo capitalismo en la metrópolis y en ultramar	185
7. El estado republicano y las variedades del capitalismo	225
8. Capitalismo y desigualdad en el siglo XVIII	263
9. Conclusiones	309
<i>Notas</i>	325
<i>Bibliografía</i>	345
<i>Índice alfabético</i>	381